

Saramago y el dibujo de la palabra

Desde las aulas de la Universidad o en agradable conversación en su despacho del Departamento de Filología Gallega y Portuguesa, al profesor Basilio Losada —que, además de ser un gran contador de historias, es quien con más cuidado ha leído la obra completa de José Saramago— le gusta explicar cómo descubrió al autor portugués. Basilio Losada dice que cuando quiere saber el estado de la literatura portuguesa más reciente recurre a su informador y amigo Xesús González Gómez. Con una sonrisa, recuerda que hace muchos años —en el mismo 1982, el año de la edición portuguesa— su amigo le anunció que había descubierto una novela deslumbrante de un autor portugués desconocido en España, *Memorial del convento*. Blimunda y la pesada piedra del convento de Mafra —aunque, sobre todo, Blimunda— cautivaron al profesor Losada y, decidido, se fue a ver a su editor para convencerlo de la importancia de la traducción y edición del *Memorial*. Parece ser que no le acabó de gustar el título; le sonaba a religión, le parecía poco sugestivo y, por este

motivo, le propuso a Losada que, antes de editar ésta, buscara otra obra de Saramago cuyo título consiguiera suscitar el interés de un público español desconocedor, en aquellos años, de la realidad literaria portuguesa.

Basilio Losada empezó a leer a Saramago y entre la ya extensa obra del autor —que en aquel momento comprendía una decena de títulos que abarcaban diferentes géneros, desde la prosa, la poesía o el teatro hasta la crónica política y periodística— encontró una novela, la quinta del portugués, que podía servir de nexo entre el desconocimiento español de Portugal y aquello que mayoritariamente se conoce aquí del país vecino: el extraño y múltiple poeta Fernando Pessoa. Así es como Seix Barral empezó editando a Saramago, con *El año de la muerte de Ricardo Reis*, novela protagonizada por el epicúreo heterónimo pessoano y enmarcada en una Lisboa atenta al estallido de la Guerra Civil española. La traducción de Losada apareció en 1985, un año después de la edición portuguesa y, tras ésta, el traductor de Saramago ya se pudo dedicar, con esmero, a la historia de amor entre Baltasar y Blimunda, cuya primera edición española apareció en 1986. Actualmente, de las veintisiete obras firmadas por José Saramago, sin incluir aquí la participación en obras colectivas, artículos de prensa o ensayos para publicaciones periód-

dicas, se encuentran editadas en castellano diecisiete, de las cuales doce han sido traducidas por Basilio Losada.

Tras el *Memorial* y *El año de la muerte de Ricardo Reis* –títulos que también se encuentran en catalán gracias a Proa (1988) y a Edicions 62 (1997), traducidos por Josep Daurella y Víctor Marínez-Gil respectivamente– la editorial Seix Barral publicó las obras de Saramago que pertenecen en su mayoría a la década de los años 80: *La balsa de piedra* (ed. port., 1986; ed. cast., 1987; ed. catalana en Edicions 62, 1989), *Manual de pintura y caligrafía* (ed. port., 1977; ed. cast., 1989), *Alzado del suelo* (ed. port., 1980; ed. cast., 1989), *Historia del cerco de Lisboa* (ed. port., 1989, ed. cast., 1990) y *El Evangelio según Jesucristo* (ed. port., 1991; ed. cast., 1992). Obra, esta última, a la que Basilio Losada no puede evitar, cada vez que habla de Saramago, dedicarle largos minutos para terminar diciendo que su lectura indefectiblemente obliga a pensar. Hay que suponer, en este sentido, que su traducción, al ser un trabajo mucho más próximo al del entomólogo, impone una profunda meditación sobre el contenido del texto. El *Evangelio* es uno de esos libros dolorosos que despiertan y hostigan los sentidos del lector hasta dejarlos a flor de piel.

Las primeras obras de José Saramago –dejando al margen su prime-

ra novela, *Terra do Pecado* (1947), la cual sólo se puede leer en portugués (si se encuentra la primera edición de Minerva o en la de Caminho de 1997), y sus dos libros de poesía, *Os Poemas Possíveis* (Portugália, 1966; Caminho, 1982) y *Provavelmente Alegria* (Horizonte, 1970; Caminho, 1985), obras que tampoco están traducidas– corresponden a los años 70, aunque han sido editadas en España en los 90. Las crónicas *De este mundo y del otro* (ed. cast. 1986) y *Las maletas del viajero* (ed. cast. 1992) corrieron a cargo de la editorial Ronsel y la responsabilidad de la versión castellana recayó, una vez más, sobre Basilio Losada. Libros del Oeste presentó en 1996 una cuidada edición de los poemas *El año de 1993* (traducción de Ángel Campos Pámpano), obra que Saramago había editado en Portugal diez años antes (Futura, 1975). Alfaguara se encargó del cuento *Casi un objeto*, traducido en 1994 por Eduardo Naval, el mismo traductor que desde el año 97 va presentando en castellano las reflexiones diarísticas que Saramago elabora desde su isla de adopción, *Cuadernos de Lanzarote*. La primera obra de teatro del autor portugués, *A Noite* (Caminho, 1979) y la última, *In Nomine Dei* (Caminho, 1993), tienen una versión catalana desde el año 1995 en la editorial Tres i Quatre. La primera, se representó en Barcelona la noche del 24 de abril de este año para conmemo-

rar los veinticinco años de la Revolución de los Claveles que pacíficamente se llevó a cabo el 25 de abril de 1974.

En este momento en que la editorial Alfaguara está ofreciendo la posibilidad, gracias al lanzamiento de la «Biblioteca Saramago», de reencontrarse con las obras del escritor portugués, resulta un ejercicio curioso aproximarse a un texto como *Manual de pintura y caligrafía*. La edición portuguesa es de 1977 y Basilio Losada no tuvo la oportunidad de traducir la novela hasta 1989; sin embargo, ahí se halla el germen del proceso literario del autor. Diez años después de su edición en España, José Saramago recibe el Premio Nobel y pasa a ser uno de los autores más conocidos y leídos del mundo, hecho que contrasta con el motivo literario que preside toda la novela: la meticulosa narración del proceso que sigue una crisis de expresión artística. Un tal H., un *hombre*, un *héroe* —o alguien silencioso desposeído de sonido, como la letra muda indica—, un pintor retratista por encargo, se enfrenta a la experiencia de llevar a cabo el acto de narrar ante la imposibilidad de expresarse mediante la pintura. *Manual de pintura y caligrafía* es la búsqueda de un código de comunicación y, en este sentido, el cuaderno de anotaciones en el que H. irá explicándose a sí mismo su propia experiencia, le servirá a Saramago para diseñar una alegoría

autobiográfica que responde a su inquietud como autor ante la experiencia de la narración y le valdrá, asimismo, para confeccionar una urdimbre simbólica que vincula diferentes manifestaciones críticas en un único espacio geográfico y temporal: la crisis expresiva del protagonista-autor, la crisis de la vida privada representada por la trama argumental que informa sobre el personaje y la crisis de la sociedad portuguesa marcada por el final del período salazarista en los años setenta.

Pero además de ser un símbolo, *Manual de pintura y caligrafía* es un programa de futuro. Es la elaboración de un plan estratégico que meticulosamente repasa los elementos configurados de la expresión literaria que son de interés para el autor portugués y que, como él mismo ha demostrado, lo llevarán a afirmarlo como uno de los más importantes escritores del siglo XX. Saramago se sirve del inseguro H., un neófito de la literatura que empieza a experimentar con las palabras, para reflexionar sobre el alto nivel de exigencia que el autor se impone a sí mismo, para meditar sobre la dificultad en insuflar verdadero contenido artístico a cualquier muestra de expresión que pretende ser arte, para demostrar la gran diferencia que hay entre una reproducción mimética de la realidad y la obra capaz de provocar una emoción estética en el artista y en el

observador del objeto artístico. El íntimo autoexamen que H. va recogiendo en su cuaderno le lleva más allá del análisis de su fracaso como pintor. El desconcierto que le causa su incapacidad artística y la toma de conciencia de su mediocridad, le obligan a dirigir una mirada directa y sincera sobre su propia condición y sobre el verdadero significado del arte, «un espacio privilegiado de la conciencia humana», que cargan de tensión el acto voluntario de transición de la pintura a la escritura y que convierte a esta última en una tabla de salvación a la que se agarra alguien que se siente verdaderamente un naufrago. La literatura será un acto individual de autorrescate que, al actuar como terapia de una neurosis, escarba en los convencionalismos narrativos, denuncia usos indebidos del lenguaje, medita sobre la facilidad de expresión de la propia intimidad a partir del relato autobiográfico y sobre el grado de *veracidad* de lo que se plasma en el papel mediante la primera persona del verbo. La novela de Saramago se va convirtiendo así en un ensayo narrado sobre el enfrentamiento a la literatura, una ficcionalización autobiográfica de la experiencia literaria que va confeccionando un proyecto de vida futuro en la literatura.

No obstante, todas estas reflexiones teóricas que Saramago plantea desde el cuaderno íntimo de H. no responden tanto a la búsqueda de

una explicación de la labor del escritor como al acto físico de la escritura en sí. H. se siente fascinado por la experiencia del ejercicio de la grafía. Como pintor, se ve evolucionando desde la imagen —en una época tan extremadamente visual como la contemporánea— hacia la escritura, no como el arte de la expresión literaria sino como el acto mismo de dibujar las palabras siguiendo un hilo infinito y caligráfico que parte de su estilográfica. El dibujo de las letras, de las palabras, la página escrita, le resulta familiar ya que se asemeja a la experiencia del pintor ante el lienzo en blanco, pero la hoja de papel caligrafiada se aleja de la imagen, del instante, que recoge la representación pictórica, al revelarse como algo continuo e infinito que deviene texto y que se aproxima a las reflexiones barthesianas sobre la obra y el trabajo físico del escritor.

Manual de pintura y caligrafía se presenta, así, como un compendio de los objetivos de José Saramago como escritor y establece unas bases programáticas escrupulosamente detalladas por la finura, la atención y el pulso firme del calígrafo. Programa que, sin pausa, desde este *Manual* que actúa como centro y punto de transición, se ha ido cumpliendo a lo largo de los años y que Basilio Losada se ha encargado de comunicar en lengua castellana.

Isabel Soler